

## Dios y las preguntas extrañas, segunda parte

Kurt Wischin

Los filósofos hoy en día, aún sin ser declaradamente wittgensteinianos o heideggerianos, generalmente asumen las consecuencias del “giro lingüístico” en la filosofía que es caracterizado más típicamente por las filosofías de Heidegger y Wittgenstein. Esto no quiere decir, que lo aceptan sin protestar. Por ejemplo, Habermas no suscribe lo que llama la “hostilidad a la teoría” en la filosofía de Wittgenstein, pero declara, por otro lado, con toda naturalidad en medio de un análisis sobre “las raíces de la racionalidad” en una frase que suena netamente wittgensteiniana: “pertenece a la gramática de la expresión »saber« que todo lo que sabemos puede ser criticado y justificado.” o aún más explícito: “En las sociedades post-tradicionales, o en las condiciones del pensar post-metafísico, es válido, desde la postura de una tercera persona – que todo saber (también es parte de la gramática de esta palabra) es falible...” [Tomo estos pasajes de “Rationalität der Verständigung. Sprechakttheoretische Erläuterungen zum Begriff der kommunikativen Rationalität. Herbert Schnädelbach zum 60. Geburtstag” en *Wahrheit und Rechtfertigung*, Suhrkamp, Frankfurt, 1999, p. 107]. No todos los filósofos contemporáneos importantes asumen el giro lingüístico en este sentido. De los que sí lo hacen serían, además de Habermas, por ejemplo, Apel, pero también Quine, Davidson, Rorty, Taylor y el Putnam pragmático; de los segundos, sólo a guisa de ejemplo, Kripke, Fodor, Dennett, Churchland y el Putnam funcionalista. Pero lo que separa un grupo del otro es una cuestión de grados; ninguno de estos filósofos simplemente *ignora* el giro lingüístico, sino ellos reaccionan ante él de diferente manera.

La primera parte de mis reflexiones sobre las dificultades alrededor de la pregunta “¿hay Dios?” dialoga con una postura que claramente no asume el giro lingüístico de esta manera; supongo ahí simplemente que, quién confía en un sentido irrestricto de semejante pregunta y su posibilidad de contestarla de una vez para todas, lo hace porque no se le ha ocurrido ver esto como problemático. La postura reflexiva de la que parto, en otras palabras, es la que naturalmente tenemos como hijos de la modernidad, y no será fácil desprendernos de estos supuestos; espero, sin embargo, que estas contribuciones adquieran con el tiempo un significado menos restringido.

En una serie de comentarios que grabé en Youtube en alemán sobre el mismo tema complementé la pregunta inicial “¿hay Dios?” con estas otras: “¿yo donde estaba antes de nacer?” y “antes de que existieran hombres en el planeta: ¿ $2 + 3$  ya era  $5$ ?”

Yo afirmaba que estas tres preguntas pertenecen a una misma categoría de preguntas engañosas; mi explicación resumida (que no di en Youtube) sería que todas estas preguntas adquieren la apariencia de sentido a través de una u otra ficción lingüística, del tipo que he tratado de ilustrar en la primera parte de estas reflexiones. Una de las actitudes que es alimentada por estas ficciones nos induce, por ejemplo, a dar por asentado que este tipo de preguntas pregunta (como todas las preguntas) por objetos que pueden señalarse (aunque sea virtualmente) independientemente del uso (general o específico) que los humanos hacemos del lenguaje.

Hubiera podido añadir otra pregunta famosa a las tres anteriores: “si un árbol cae en medio del bosque y nadie lo escucha - ¿hace ruido?”. Aunque, cuál es el problema con esta clase de preguntas quizás se haga más visible, si la cambiamos un poco: “¿por qué no nos extrañamos que las batallas de naves espaciales en Star Wars (sí) hacen ruido?” (Aunque estemos perfectamente conscientes de que no hay medio que porte el sonido)...

Todo parece ser cuestión de costumbres. Los supuestos tácitos que llenan de sentido nuestras conversaciones normales nos llevan con su inercia más allá de lo justificable y, sin darnos cuenta, perdemos la tracción -como el coyote en persecución del correcominos- cuando nos salimos del contexto de estos supuestos que, sin embargo, cargan con el peso del significado de nuestras expresiones.

“¿Hay Dios?” pregunté en alemán en Youtube, para asegurar al oyente de inmediato que no tenía intención en absoluto de proponer una respuesta a esta pregunta. Sospecho que di la impresión de que no se *puede* contestar semejante clase de preguntas de manera unívoca; pero Wittgenstein al respecto nos advierte: “la gran dificultad radica aquí en no presentar la cosa como si algo no se pudiera” (Cf. *Investigaciones Filosóficas*, sección 374).

A veces la impresión de “no poder algo” se expresa de manera como si, lo que no se puede, es “salirse del lenguaje” para hacer contacto con el mundo extralingüístico: árboles, los ruidos que hacen, objetos matemáticos, nuestro ser antes de nacer o Dios.

Pero esta idea toma el lenguaje como si fuera una cubeta que puede contener ciertas cosas y otras no, y que estemos (o no) atrapados en ella: finalmente es una imagen tan ilusoria (que nos induce al error si nos dejamos llevar por su inercia) como la que provoca las preguntas extrañas que nos han hecho la invitación a estas reflexiones en primer lugar; el lenguaje no es, precisamente *una* cosa que se relaciona, por ejemplo a manera de medio de comunicación entre nosotros, o a manera de intermediario que refleja la realidad entre nosotros y el mundo.

Que le digamos alas a lo que lleva por los aires a insectos, aviones y aves nos parece natural y no tenemos generalmente dificultades para justificar tal costumbre; a nadie se le ocurre que debe haber una esencia compartida entre todos estos objetos, sino entendemos perfectamente que en este caso se da, al menos a veces, simplemente por analogía. En el caso de las diferentes formas de lenguaje –que aquí más particularmente nos interesa-, hablamos de sus *diferentes* funciones como diferentes *funciones* porque sirven para describir, informar, regañar, alertar, ordenar, etc. de manera similar en los diferentes grupos de humanos que los usan (y hasta en forma rudimentaria en grupos de animales). Pero para nuestros fines aquí es más importante recordar que, no obstante sus funciones similares, los diferentes lenguajes están intrínsecamente relacionados, y cobran su sentido, con y en las formas de vida en que tienen su origen: algo análogamente como mi sistema nervioso se conecta con el resto de mi cuerpo. No quedaría mucho ni de mi sistema nervioso ni de mí, si alguien los separara físicamente; mi sistema nervioso es en este aspecto mucho más *mi* sistema nervioso que mi *sistema nervioso*. Análogamente, la vitalidad de los juegos de lenguaje reside en la forma de vida de la que surgen; aunque efectivamente surgen formas parecidas, y cumplen funciones similares, en diferentes formas de vida. No hay aquí tampoco una *esencia* que las conecta entre sí –no obstante el nombre común-, como no hay

una secuencia de cambios evolutivos compartida entre las alas del insecto, del murciélago, de la lechuza; y por más que sea en cuanto a su historia evolutiva un ala, el pingüino no puede volar con ella.

Pero lo anterior no es un intento de sugerir una teoría positiva del lenguaje o de los juegos de lenguaje que explica mejor su funcionamiento que, digamos, una teoría referencial verificacionista; “¿el uso *es* (en un gran número de casos) el significado?” (Cf., *FI* § 43) ¿Estamos afirmando que el *uso* es el *fundamento* del sentido? No es esto lo que Wittgenstein sugiere y para él es importante evitar sugerir algo así. Sería la continuación del error que él combate. Un objetivo principal de esta observación (o de la imagen que dibujo en el párrafo anterior) no es construir una teoría de significado, sino romper el poder hipnótico con que nuestra imagen del lenguaje habitual nos lleva más allá de los precipicios al estilo del pobre coyote. La imagen que se alimenta de esta convicción de que *todos* los objetos que nombramos tienen realidad más allá de nuestros usos: al árbol que está ahí le *doy* un nombre, pero él está ahí, lo haga o no, lo vea o no, y si no le veo es muy capaz de producirme un chipote o de hacer ruido aunque no lo oiga. Así es el juego de lenguaje que jugamos acerca de los árboles. Y suponemos que así también ha de ser el juego de lenguaje que jugamos con los números, o con la extemporalidad de nuestro ser (antes del nacimiento). Lo vemos más claro, y nos reímos de niños, cuando el coyote solo cae después de seguir corriendo hasta llegar a la mitad del precipicio...

¿Qué hay de los árboles que caen cuando nadie está cerca? ¿Hacen ruido o no?

Los árboles y su ruido ¿están ellos *en* una realidad que puedo constatar independientemente de ellos? (Como en una película muda: y allí nadie supone que los árboles no hagan ruido sólo porque no se oye.) La realidad del árbol (y su ruido) es lo que permite –entre otras facetas- que mi lenguaje sea como es. No puedo separar la realidad del árbol o del ruido que hace y tratarla como entidad aparte (¿Cómo justifico que sé del árbol, pero no de su ruido?). Desde luego, entiendo la preocupación filosófica que alimenta esta pregunta; pero ella nace, precisamente, del “embrujo de nuestro entendimiento por medio del lenguaje”.

Y esto aplica también a tiendas de quesos e iglesias (véase el final de mi artículo original). Pero: ¿no aprendo acerca de la gravedad de manera distinta que acerca de Dios? Obviamente no es lo mismo; pero *aprendo* las dos cosas; era posible creer también que el lugar natural de las cosas pesadas es abajo, hacia donde las lleva la causa teleológica...hasta que llegaron Bacon y Newton. ¿Es más natural (o evidente) creer en *la* gravedad que en Dios – o al revés?

¿Tiene alguna de estas palabras sólo una manera de jugar con ella? ¿La gravedad es forzosamente parte de una teoría física, Dios forzosamente parte de un lenguaje ritual? Si observamos, detectamos sin mucha dificultad que usamos las dos expresiones de manera muy diversa, como explicaciones a veces, en ceremonias en otras ocasiones; lo que debemos evitar es usar uno de estos usos y querer construir de él una hipótesis monolítica, si queremos evitar las preguntas extrañas...

Pero ¿no hay, entonces, *una* realidad en la que hay, o no, Dios? ¿Y no puedo señalar que es absurdo tratar las teorías creacionistas como equivalentes a la teoría de la evolución?

Evidentemente, que la realidad sea una es otro de los supuestos generalmente tácitos que hace funcionar nuestro lenguaje. Es natural que busquemos eliminar supuestos contradictorios. Pero hay más de una manera de hacerlo.

Ni tampoco la única manera de analizar la conmensurabilidad de los juegos de lenguaje es la invención de un metalenguaje, según se ha sugerido que necesitamos o estemos quizás ya usando aquí; más bien, un metalenguaje nada resuelve, sino simplemente supone y repite lo que tengo por problemático en el “siguiente nivel”.

No hago intento alguno de construir una teoría monolítica de lenguaje que incluye *a priori* ciertas proposiciones y excluye otras como teniendo o no sentido. “¿Hay Dios?” *no* carece de sentido, sólo no tiene éste sentido que quiero que tenga: un sentido simbólico de realidad más real que la realidad a que el lenguaje se debe. En este punto es, creo, donde engrana la pregunta formulada por Hallett: siendo el lenguaje y su gramática autónomos ¿cuánta autoridad debemos asignarle al lenguaje?

Si los editores de *El café de enfrente* no pierden la paciencia conmigo, he aquí otra tanda de temas para continuar esta reflexión...

Agosto de 2008